

Antonio LÓPEZ EIRE-M^a del Henar VELASCO LÓPEZ, *La mitología griega: lenguaje de dioses y hombres*, Madrid, Arco Libros, 2012, 811 pp. ISBN 978-84-7635-839-9.

El volumen que reseñamos constituye la obra póstuma de Antonio López Eire, y solo el buen hacer de su esposa, Maíta Carbayo, y de la profesora Henar Velasco ha hecho posible que viera la luz, para fortuna de la cultura de lengua española y de toda persona sensible a una de las más bellas expresiones del pensamiento humano, la mitología.

Empecemos diciendo que por muchos años este va a ser el libro de cabecera de todo aquel que se acerque a la mitología griega y a su riquísimo legado. Esperamos justificar nuestro juicio en las siguientes líneas. Así, el libro resulta de grata lectura no solo por lo que nos refiere y por cómo lo hace, sino también por las trascendentes aportaciones que incorpora al debate teórico sobre el estudio de la mitología en general, más allá de que sus autores se centran —y lo subrayan, a efectos metodológicos— en la de la Grecia antigua. Pero insistimos en que a la belleza de los contenidos se une un estilo que acerca al lector a los mismos. Uno de los atractivos de la ciencia del profesor López Eire consistía en su carácter vivo e integrador, que lograba cautivar al destinatario de sus lecciones hasta hacerlo participar de aquello que él explicaba. Quienes hemos tenido el placer intelectual de seguir cursos y conferencias de Antonio López Eire sabemos de su innata capacidad para concentrar la atención, para presentar los más complejos problemas de manera concisa y certera, para establecer las no siempre patentes relaciones entre períodos, culturas y ciencias diversos, y para hacer de su ejercicio de la docencia un ejemplo de enseñanza provechosa y agradable a la vez. Todas esas cualidades se reflejan a la perfección en este libro, cuya materia tanto se presta a explotar el embeleso de la narración, y a conjugarlo a un tiempo con la interpretación, rigurosa y nítida, de esos antiguos mitos. Más aún, el estilo del libro en las páginas de López Eire tiene a menudo un tono narrativo que no se aleja del marco oral, ese en el que el maestro se revelaba un inigualable orador, perfecto dueño de los tiempos y las pausas, y que lograba transmitir y convencer por medio de todos los recursos retóricos a la disposición de una persona experta en su manejo. La bien trabajada prosa de López Eire no es a menudo más que la traslación de su innata capacidad para la comunicación oral, y este libro recuerda mejor que muchos otros la inolvidable práctica de sus clases, el completo dominio del tema propuesto y la feliz comunión de orador y oyentes gracias al poder del lenguaje.

Difícil empresa había de ser la de acompañar a Antonio López Eire en esta obra, para la que se requerían mucho oficio y singular destreza. En ambos la profesora Henar Velasco ha hecho bueno cuanto ha aprendido de su propio maestro, Manuel García Teijeiro, a lo que ha sumado sus personales cualidades como experta en el pensamiento religioso antiguo. El feliz resultado de la colaboración entre López Eire y Velasco, que nace de una común labor docente, nos hace insistir en lo irreparable de la pérdida del primero, ya que de otro modo a no dudarlo la obra que reseñamos habría dado paso a nuevas y rotundas aportaciones.

La estructura del libro, que por la muy amplia materia de que trata comprende una extensión considerable (811 páginas, con 2685 notas), se articula en tres grandes blo-

ques. La obra se inicia con una primera parte de corte teórico titulada “Introducción al mito” (17-83), y siguen otras dos con la exposición de la mitología griega, organizadas en sendos bloques titulados respectivamente “Los dioses” (85-382), a cargo de Velasco, y “Los héroes” (383-689), a cargo de López Eire. Cierra el volumen una bien selecta bibliografía (691-730) que se corresponde con la que los autores citan a lo largo de la obra, y un útil conjunto de índices: antropónimos, autores clásicos, dioses, héroes y otros seres míticos griegos; analítico; figuras y conceptos de otras mitologías; toponímico (731-767). Finalmente, cuarenta cuadros genealógicos (769-811) completan la información con la fuerza de la imagen y la exhaustividad de los árboles que dibujan las relaciones familiares de dioses y héroes.

La introducción, que entendemos fruto de la colaboración de ambos autores, ofrece una detallada y renovadora exposición sobre qué es el mito y cómo ha de abordarse la tarea de dar explicación de él. El lector habrá de leer con atención el pórtico de las páginas 17 a 20, en el que se da cuenta de la relación del mito, por un lado, con la imitación, lo que lo entronca con la filosofía, la historia y la ciencia, y por otro con la analogía, lo que lo enlaza con el ritual. Poco después (22) se matiza, aun sin entrar en una enmienda severa, el tan equívoco esquema que apelando a la autoridad de Nestle hacía del mito el simple y mecánico antecedente de la razón. Y acto seguido, como evidencia palmaria de que mito y razón no son agua y mercurio, sino que se penetran e influyen mutuamente, se nos recuerda (22-23) el abundante empleo de la mitología por parte de los sofistas. No falta un apunte sobre la resbaladiza cuestión de la etimología del término *μῦθος* (27), para la que se propone una solución a la que hay que atenerse desde ahora. Del mito se nos ofrece una doble definición (26 y 30). La primera atiende a la incardinación del mito en la sociedad:

El mito es, en principio, un retazo de discurso, de lenguaje (...), transmitido de generación en generación con carácter paradigmático, en un principio por vía oral o a través de la oralidad (...) con el fin de fortalecer la cohesión y la sociabilidad de una comunidad determinada.

La segunda definición ahonda en las características del mito en tanto que discurso:

(...) El mito es un tipo especial de lenguaje que convivió con el ritual y, en su trayectoria hacia lo profano, ayudó al nacimiento del lenguaje-pensamiento o lógos o lenguaje pensado y comunicado de índole poética, filosófica e histórica.

La reivindicación del estudio filológico y lingüístico del mito abre uno de los capítulos de esta introducción, y merece una cita detenida:

Para un filólogo clásico, el reducir un mito a su monda osamenta estructural sin alusión ninguna al contexto, sin establecer cortes e interrelaciones de las partes evidentes en su narración y sin diferenciar la antigüedad mayor o menor de sus acicalamientos, recomposiciones y añadidos no es un procedimiento de recibo. Sobre todo porque los

mitos griegos son generosísimos en la aportación de detalles concretos que no se pueden desperdiciar haciendo de ellos caso omiso para de esta forma convertir el mito en la mera osamenta monda y moronda que es el 'mitema'. Ciertamente, así concebido, reducido el mito a la mínima extensión y subjetiva expresión lingüística del 'mitema', es un espléndido juguete para que el mitólogo ejerza las habilidades propias de su ingenio, pero no es un útil apropiado para una investigación seria (50).

Por tanto, López Eire exige que el análisis mitológico de los textos griegos se haga de una manera rigurosa, que parta de la necesaria atención a la literalidad de los mismos y tome a la vez en consideración, para una lengua tan rica como la griega antigua, el valor concreto de cada elemento lingüístico; no en vano López Eire reconocía en los textos la historia del griego, lo que le permitía situar un pasaje, una frase o una sola palabra en un preciso contexto. Qué hermosa reivindicación de la necesidad del estudio diacrónico de los textos, que es labor de biello y no de bulldozer, se contiene en esa cita. El mitólogo que opere con la mera interpretación de un concepto irá siempre por detrás del filólogo que se enfrente a la carnadura de la lengua, que va siempre unida a la realidad de la comunicación.

En el atento y metódico análisis de los materiales narrativos que configuran la rica mitología griega no podía faltar la atención al cuento popular (89, 90, 106 y, más adelante, 527, n. 1983, etc.). Ya en la página 60 López Eire advierte del siguiente principio metodológico: "Desde el punto de vista que nos proporciona la lengua griega antigua (...) no se pueden separar los mitos de los cuentos populares ni de las fábulas ni de las sagas, sino que todas estas variedades son «mito»".

Ambos autores demuestran una atinada y perspicaz capacidad para integrar la mitología griega en el conjunto de las de otros pueblos, contemporáneos o más antiguos, indoeuropeos o no (98). Con esa misma voluntad de fijar los límites de cada tradición religiosa, Velasco apunta con meridiana claridad al carácter sincrético de Zeus, en el que se funden la divinidad indoeuropea y una prehelénica asociada al ciclo anual de la fertilidad. Permítasenos hacer aquí el "elogio" de la bien acreditada competencia de la profesora Velasco en el campo de la religión de los antiguos pueblos celtas, cuya comparación arroja luz sobre muchos aspectos de la mitología griega (97, 105 y n. 268, 445 y n. 1625).

En una obra tan extensa se hace difícil formular una crítica que afecte a los contenidos seleccionados. Cualquier juicio sobre los mismos implicaría una revisión del plan de la obra. Ciertamente, la exposición de la materia mitológica sobrepasa muy mucho el espacio dedicado a hablar de cómo se organizó y transmitió ese acervo de leyendas, qué autores las coleccionaron y bajo qué criterios (75-83)¹. Tal vez haya ahí un tema por colmar, aunque no acertaríamos a indicar si ha de engrosar una nueva edición de la presente obra, o si más bien merece una atención específica en un artículo que haga justicia a la

¹ Tómese como ejemplo el excelente estudio de C. RUIZ MONTERO, "La morfología de la *Biblioteca* de Apolodoro", *Faventia* 8 (1996) 29-40. De interés más limitado, véase también M. HUYS, "Euripides and the 'Tales from Euripides': Sources of Apollodoros' *Bibliotheca*?", *RhM* 140 (1997) 308-327.

rica y antigua tradición mitográfica griega. También creemos todavía abierta a reconsideración la cuestión de la escasa herencia griega en el plano de la trifuncionalidad (40); por fin, formularíamos un *caueat* respecto a la imposibilidad de utilizar el mito como instrumento para el análisis histórico (45, en referencia a la sociedad indoeuropea). Otras consideraciones pueden también resultar extemporáneas, pero nos contentaremos si en algo fueran oportunas. Así, no parece fuera de lugar prestar atención a la diversidad de interpretaciones a propósito del falso ritual de sacrificio cumplido por Prometeo en Mecone (74, 118 y 476)². También merecería una reflexión el caso de Hestia, de la que se considera que “más que una divinidad personal es un principio abstracto, una personificación muy antigua del fuego” (120). Tal vez la comparación con aspectos de la representación de Hermes podría arrojar mayor luz sobre esta divinidad.

Los dos extensos bloques narrativos “Los dioses (85-382) y “Los héroes” (383-689) configuran el meollo del volumen y su parte más atractiva. Con ser de amena lectura el bloque precedente, de carácter teórico, estos dos harán las delicias del lector. La narración de los diversos mitos recuerda un tanto el clásico de Angelo Brelich³, si bien el estudioso húngaro-italiano no llegó a conceder al relato un carácter esencial, como sí hacen López Eire y Velasco. “Esa atención a la centralidad de la narración coincide con cuanto se nos expone sobre el papel del lenguaje en la configuración del mito, con el que se identifica” (51). Por supuesto, en obra bien escrita como es esta se goza el lector de esa literatura que se ha convertido en imperecedera. Así, cuando en la página 413 (como en 418) se nos habla de “la Madre Tierra (...), que es una auténtica paridora de endriagos y vestiglos”, el nexo de la buena lengua nos lleva de López Eire a Cervantes: “que acaece estar uno peleando en las sierras de Arménia con algún endriago, ó con algún fiero vestiglo, ó con otro caballero”, etc. (El Quijote 1,36).

² Según W. LA BARRE, *Mueles. A Stone Age Superstition About Sexuality*, Nueva York, Columbia University Press, 1984, 84-85, Prometeo no engañaba a Zeus porque ofrecía a los inmortales la parte más insubstancial del buey, mientras que a los mortales les reservaba la materia más sólida y susceptible aún de dar vida; por otra parte, a Zeus no escapaba el contenido de ambas ofrendas. Para A. SEPPILLI, *Alla ricerca del senso perduto*, Palermo, Sellerio Editore, 1986, 70-71, ni el mismo Hesíodo era consciente de las funciones que debía cumplir el rito, ya que los huesos de los animales son, como demuestran biólogos y zoólogos, la substancia más rica en proteínas de todo tipo, contenidas precisamente en la médula; el pretendido engaño de Prometeo habría existido, pues, tan solo a partir de la falsa interpretación hesiódica de un antiguo rito sacrificial. J.-L. DURAND, “Sacrificare, dividere, ripartire”, en C. GROTANELLI-N.F. PARISE (eds.), *Sacrificio e società nel mondo antico*, Roma-Bari, Laterza, 1993, 193-202 (193), niega también que Prometeo llevara a término un sacrificio, porque ni mata el buey ni come de él. Por otra parte, por Platón y Aristóteles sabemos que al menos en la época clásica la concepción griega de la médula asimilaba esta tanto al esperma como al tejido del cerebelo: cf. R.B. ONIANS, *The Origins of European Thought*, Nueva York, Cambridge University Press 1973 (= 1934), 114-115. En cambio, C. GROTANELLI, “Ospitare gli dèi: sacrificio e diluvio”, *Studi storici* 25 (1984) 847-857, opone carnes y huesos en la medida en que las primeras, como materia efímera pero rica en nutrientes, sería propia de los débiles mortales, mientras que los segundos, materia duradera pero sin provecho, lo serían de los dioses. Ambos análisis probarían que el sacrificio de Prometeo había sido correcto, exculpándolo de buscar la ofensa o el engaño de los dioses.

³ A. BRELICH, *Gli eroi greci: un problema storico-religioso*, Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1958. Véase también, con una arquitectura más parecida a la adoptada en la obra que reseñamos, B. SERGENT, *Celtes et Grecs I: Le livre des héros, y Celtes et Grecs II: Le livre des dieux*, París, Payot, 1999 y 2004 respectivamente.

Ahora bien, estos dos bloques principales del volumen no se han de entender como una mera compilación de la tradición mitológica griega. Mucho más que ese loable y simple objetivo, López Eire y Velasco nos han regalado una guía interpretativa que incluye, hasta donde lo permite la naturaleza del discurso mitográfico, una ordenación de dicha tradición que en ocasiones llega a manifestarse en una cronología relativa, como la que permite situar la guerra de Troya en relación con los ciclos de Tebas y Argos (425), y en otras en un cuadro más genérico, como cuando se traza una categorización fundamental en torno a sendos protagonismos, el inicial de Tierra y sus criaturas y el posterior de los Titanes (402). Los últimos capítulos del bloque dedicado a los héroes son los relativos a Heracles y a Teseo, muy extensos ambos (589-649 y 649-688 respectivamente) y que forman una sección interna de la obra. La correspondencia entre ambos, desarrollada de manera exhaustiva por López Eire, sirve de contrapunto a la relación entre dioses y héroes. Pero dicha sección nos ilustra a la vez sobre las funciones del mito y sobre los procedimientos para crearlo, ya que las similitudes entre ambos personajes se explican bien si se entiende el ciclo de Teseo como una reelaboración del de Heracles (650).

A la pericia en la compilación y narración de tan abundante caudal de mitos, tratado de un modo que se acerca a la exhaustividad, pueden hacerse objeciones solo desde la posición de autoridad de quien haya acometido un esfuerzo semejante. Por consiguiente, nos limitaremos a apuntar algunas alternativas, más en la idea del labor *limae* en futuras ediciones de la obra que en la de una revisión, siquiera parcial. Ahora bien, parte de las alternativas que señalamos nos parecen inviables en el seno del presente volumen. Un interesante horizonte de trabajo consistiría en la referencia sistemática a la recepción literaria y cultural de los mitos, de la que anotamos algunas menciones (por ejemplo en p. 480, n. 1786). Pero la posibilidad teórica choca con la realidad de la presente obra: la atención a la recepción de la mitografía griega supondría la redacción de un nuevo libro, que habría de ser del todo independiente del que nos ocupa. Otras veces son los autores mismos los que apuntan nuevas labores, en gran medida nacidas del proceso de reflexión que ha dado origen a la presente obra. Un ejemplo es la llamada a acometer un estudio en profundidad de la casa real de Argos: “Habrá que estudiar, pues, con detalle este linaje central de la Mitología Griega Heroica, que viene a ser como la columna vertebral que estructura orgánicamente toda la Mitología Heroica Griega”, etc. (p. 463).

También por nuestra parte hay algún apunte por formular⁴. Así, a pesar de la muy apropiada orientación diacrónica para el tratamiento de los héroes, la referencia a una aproximación por categorías, acompañada de algunos ejemplos, habría sido también be-

⁴ No entraremos en cuestiones de detalle, que tan solo abundan, posiblemente sin mayor provecho, en el bien trabado discurso de los autores. Por ejemplo, a propósito de la coincidencia de mito y ritual, sobre la carestía de agua en el territorio argivo (499-500) podría mencionarse la presencia en el calendario pilio de un mes *di-pi-si-jo* (PY Fr. 1220.2, 1231.1, 1232.1 y 1240.2) que sin duda es el mismo llamado *Διπίος* en Farsalo. Las reticencias de la épica a la mención de situaciones poco edificantes (576) tienen un notable paralelo en la escasa presencia del dios Dioniso, tema aún no lo bastante debatido. La mención a la *αἰσχρολογία* en los ritos imprecatorios de la fertilidad de campos y bestias (620) puede extenderse a otros rituales de fertilidad presentes desde el mito de Deméter y bien atestiguados en el yambo y la comedia.

neficioso⁵. Un ejemplo claro es el estudio de los héroes Prometeo, Foroneo y Palamedes, que los agrupa como benefactores que con su entendimiento, su esfuerzo y su valor hallan medios para el progreso social. También nos merece una breve reflexión la importancia de la cultura sofística en el proceso de transformación del mito, ya que los sofistas concedieron a este un alto valor como medio para el debate filosófico, ético y político⁶; no nos parece desafortunado comparar el tratamiento del mito entre los sofistas con la influencia de la propaganda délfica (cf. 528, 545, 562, 570, 582, etc.), aunque esta tenía como principales destinatarias a las élites dominantes en las diferentes ciudades, mientras que la acción de la sofística opera en un doble plano, el ya aludido del debate ideológico y el de la conformación de la tradición mitográfica, que en modo alguno —creemos— obedece a mecanismos literarios propios de la sola época helenística.

En suma, nos hallamos ante una obra mayor en el campo de la investigación sobre la mitología griega, cuya influencia va a apreciarse en diversos ámbitos por lo que representa de aportación capital a las bases metodológicas de dicha ciencia, a la interpretación del desarrollo de la tradición mitográfica griega en sus relaciones con la sociedad, con el pensamiento y con la literatura, y al correcto análisis de los diferentes mitos y leyendas de acuerdo con la respectiva configuración y situación en el seno de una dilatada labor de creación y transmisión. El esfuerzo de ambos autores por trascender el ámbito de sus estudiantes de la universidad de Salamanca y ofrecernos este que es para el investigador un excelente instrumento de trabajo, a la vez que una amenísima fuente de sabiduría y de placer para el lector, no puede agradecerse con unas meras frases de elogio. Hacemos votos por que la profesora Velasco sepa dar continuidad a esta magnífica obra, con vistas a crear en la universidad salmantina un foco de estudio de la mitología antigua con el rigor de la filología.

Jordi REDONDO
Universidad de Valencia

Gabriela CERRA, *Linguistic Questions in Cicero's Poetic Translations*, Bahía Blanca, Editorial de la Universidad Nacional del Sur, 2009, 262 pp. ISBN 978-987-1620-10-4.

El libro que comentamos es resultado de una tesis doctoral, realizada en la Universidad Hebrea de Jerusalén, dirigida por la profesora Hannah Rosén. Aunque los textos analizados son las traducciones que el Arpinate realizó de autores griegos, no es pro-

⁵ No apuntamos otra cosa que el planteamiento de Brelich, que sitúa el estudio de la figura del héroe siempre en relación con un ámbito —la guerra, la muerte, la mánica, etc.—.

⁶ K.A. MORGAN, *Myth and Philosophy from the Presocratics to Plato*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, 89-131 (“The Sophists and Their Contemporaries”), donde destaca el papel de Gorgias —y discípulos suyos fueron Isócrates y Alcídamente, entre otros—, Pródico, Hípías y Antístenes.